

Nuevas dimensiones de la traducción: reinventando el quehacer con nuevas herramientas y modelos de trabajo

Sergio Molina
Traductor (Brasil)

Estas breves reflexiones tienen por objeto discutir la viabilidad futura de la profesión de traductor desde una perspectiva eminentemente práctica. Seguramente en ellas se echará de menos el rigor metodológico propio de los trabajos académicos, y será por haber nacido éste de las inquietudes que la experiencia suscita, lo que por cierto ha impuesto límites a la profundización de sus interrogantes.¹ Por otra parte, de no haberse nutrido de la praxis, la validez de estas proposiciones sería muy discutible. Compartiéndolas en un ámbito de investigación tan privilegiado como es la universidad, espero estar colaborando con un debate cuyo éxito, en mi modo de entender, dependerá del intercambio sostenido entre teoría y práctica. He tenido la suerte de comprobar en este congreso que la academia alberga la misma certeza.

No quisiera empezar con aquella cantilena sobre el martirio que se impone al traductor² que busca vivir de su trabajo, porque se trata aquí de proponer alguna solución factible para nuestras dificultades. De cualquier manera, será inevitable que antes marque mi posición sobre un par de aspectos que considero fundamentales. Es hecho consabido que a nosotros traductores se nos viene relegando a un lugar marginal en la industria cultural. Estamos cada vez más arrinconados en esa suerte de repositorio de trabajadores intercambiables y desechables, tan apreciado por la lógica neoliberal, donde a cada uno sólo le resta agachar la cabeza y aceptar cualquier tarea al precio y en las condiciones que se le imponga. Más allá de las buenas intenciones que pueda tener uno que otro empresario, el mercado con sus leyes parece haber dictaminado que así sea.

Ahora bien, si esto es verdad, también lo es que los propios traductores hemos permitido que fuera así. Sobre todo por los rasgos de individualismo y desunión que parecen caracterizarnos. Cualquier gremio que, como el nuestro, está formado mayormente por trabajadores autónomos, ha contrarrestado

el riesgo de aislamiento individual congregándose sus miembros en instituciones corporativas que les permiten actuar como legítimos profesionales liberales. Médicos, abogados, arquitectos y periodistas no estarían en situación muy diferente a la nuestra si no fuera por sus históricas entidades de clase. Nosotros, al contrario, insistimos en mirar a nuestros pares sólo como competidores, indiferentes al daño que esta actitud acarrea.

Esta crónica falta de cooperación horizontal entre traductores está anudada como causa y efecto a aquel fermentado círculo vicioso en que baja remuneración, alta rotación y formación precaria colaboran para atraer un tipo de trabajador que está muy lejos de ser modelo de solidaridad. Un buen caricaturista podría retratarlos repartidos en tres categorías:

- La del traductor tipo “artista apasionado” que imagina que su genio y sutileza tarde o temprano lo eruirá al podio de la fama y lo librá de la galera, persistiendo en ello hasta secársele los sesos y dar paso a otro ilusionado.
- La del “noble dilectante”, siempre dispuesto a aclarar que la traducción es para él sólo un gusto más, nunca un trabajo (lo que sería denigrante) y que ni siquiera le importa si le pagan, y cuanto, por ella.
- La del “vertedor-máquina”, capaz de alcanzar velocidades prodigiosas en el arte de rellenar folios, si las deudas del mes se lo exigen, aboliendo sin pena cualquier autocrítica para deleite de los caza-errores.

Entre estos tres patéticos personajes nos movemos la mayoría de los traductores, encarnándolos de manera alternativa o híbrida, buscando cada cual la fórmula que incorpore sólo sus virtudes —entrega apasionada, gusto por la calidad, capacidad de trabajo intensivo— y las integre en un mismo profesional. De seguir por la senda actual, corremos el riesgo de incorporar sólo sus vicios más nefastos.

Sin embargo, estoy inclinado a creer que algo se puede hacer en sentido contrario a esta tendencia de deterioro, pero que para lograr eficacia en ello tendríamos que empezar por modificar el paradigma de relación con nuestros pares y con los agentes que demandan nuestros servicios. La oportunidad y los medios para que lo hagamos están a nuestro alcance, hoy más que nunca. La brecha que se nos ofrece está abierta por la erosión de los modelos empresariales cerrados y basados en jerarquías verticales. En un marco de crisis por saturación y globalización de mercados, algunas empresas empiezan a probar alternativas de organización que se acercan a la idea de “red”. Su trama se constituiría de proveedores, colaboradores y clientes ligados por algún interés común —acceso a un determinado campo de información, por ejemplo. En esta red el núcleo empresario demandaría en todo momento el trabajo de grupos externos autónomos e interdependientes, constituyéndose él mismo en un “nudo” más: el de agente viabilizador. En el caso que nos atañe directamente, el de las empresas de la industria cultural, editoriales en particular, tal red ya

está virtualmente formada, una vez que este tipo de compañía suele delegar la mayoría de las tareas a colaboradores externos. Empero, la comunicación predominante sigue siendo predominantemente puntual entre el núcleo empresarial y cada colaborador por separado. El contacto horizontal entre los trabajadores abocados a un mismo proyecto es escaso y, en general, mediado.

Resultaría interesante a esta altura retomar aquellas afirmaciones sobre la falta de cooperación entre traductores y, considerando que del mismo mal parece padecer la mayoría de los autores, revisores y artistas gráficos, evaluar si no sería más eficaz y oportuno romperse el aislamiento no sólo en el plano del “gremio”, sino a través de todo el cuerpo de colaboradores. Si esto suena a llamamiento de tipo “obrerros de todo el mundo de las letras uníos”, será con vistas no a expropiar capitales o medios de producción, sino a ofrecer servicios más completos y profesionales de manera sostenible.

Los grupos que empiezan a asomarse aquí y allí parecen hasta el momento confirmar que el incremento de la colaboración directa entre “obrerros de letras” tiene la cualidad no sólo de multiplicar las capacidades de cada uno, sino de abrir nuevos horizontes de trabajo insospechados en el modelo atomizado.

Las editoriales que primero apostaran por el potencial de los colectivos de colaboradores, además de contar con servicios de mejor calidad, aliviarían la sobrecarga que la centralización acarrea, y liberarían recursos para desempeñar sus tareas críticas de promoción y distribución de productos.

En lo que concierne a los medios materiales que viabilizan dichos equipos de trabajo, está claro que la tecnología teleinformática es el principal. La posibilidad de comunicarse por redes de ordenadores, de transmitir instantáneamente textos e imágenes a larga distancia, de consultar, crear y compartir bases de conocimientos, glosarios e hipertextos especializados, todo esto tendrá un papel innegable como instrumento para la construcción de un espacio de cooperación. Habrá tan sólo que cuidarse de no imaginar, como muchos, que el simple incremento de un “espacio cibernético” será la panacea para todos los males de la civilización. El peligro que tal tipo de creencia fetichista oculta es muy claro en nuestro caso: atribuyendo a la tecnología todo poder de cambio nos permitiríamos acercarnos a ella sin esfuerzo por modificar nuestros esquemas de relación laboral, tan plagados de competición individualista y de inmediatez. En ese caso, estaríamos más cerca de transformarnos de autónomos en autómatas. La alternativa está dada, nos cabe ahora elegir.

NOTAS

1. El más evidente será quizás no haber podido probar la pertinencia de estos planteamientos fuera del ámbito en que se generaron. Puede que en otras realidades los traductores no conozcan los percances cuya superación aquí se propone, y que se me figuran muy propios de un país periférico.
2. Me referiré siempre aquí al dicho “traductor literario”, entendido no sólo como el que traduce narrativa, prosa o drama, sino el que se dedica a la versión de textos cuya forma exige tanto o más cuidado que su contenido. En otras palabras, todo traductor cuya labor aún está muy lejos de poder ser realizada por una máquina.

BIBLIOGRAFÍA

- ARROJO, Rosemary (1993): «As relações ambivalentes entre tradutores e teorias da tradução». A: *Ao pé da letra*, 2, p. 8-9.
- BENJAMIN, Walter (1967): «La tarea del traductor». A: *Ensayos escogidos*. Buenos Aires: Sur.
- DAVIES, Nicholas (1992): «Tradução e mercado». A: *Ao pé da letra*, 1, p. 5.
- DAVIDOV, William H.; MALONE, Michael S. (1993): *A Corporação Virtual*. (Trad. bras.) São Paulo: Pioneira.
- FAIKS, Fred. (1993): «Team Ought to have Constitutions». A: *Research-Technology Management*, v. 36-6, p. 11-12.
- LINPACK, Jessica; STAMPS, Jeffrey (1993): *TeamNet Factor: Bringing the Power of Boundary Crossing the Hearth of your Business*. Essex.
- MARTIN, James (1992): *Hiperdocumentos e como criá-los*. (Trad. bras.) Rio de Janeiro: Campus.
- PAES, José Paulo (1992): «Tradutor: traidor ou traído?». A: *Ao pé da letra*, 1, p. 3-4.
- PORTNOFF, André-Yves (1993): «Progrès technique: chômage ou relance?». A: *Futuribles*, 182, p. 45-52.
- RADA, Roy (1991): *Hypertext: from Text to Expertext*. Londres: McGraw-Hill.
- RIETVELT, Piet; OUWERSLOOT, Hans (1993): «Formation and Maintenance of Knowledge-Based Networks – The Case of University Contact Patterns». A: ABLER, R.; BARKIS, H.; ROCHE, E.M. *Corporate Networks; International Telecommunications and Interdependence: Perspectives from Geography and Informations Systems*. London: Berharen Press.
- SOUSA, Herbert de (1993): «Democracia». A: *O pensamento Inquieto*. Brasília: CEAD/Ed. UnB.
- TAMASKO, Robert M. (1994): *Rethinking – Repensando a corporação*. (Trad. bras.) São Paulo: Makron Books.
- WOLFF, Michael F (1993): «Creating High-Performance Teams». A: *Research-Technology Management*, v. 36-6, p. 10-11.